

Un día cualquiera

El autobús que cubre la línea 62, Santa María Benquerencia-Zocodover, llega puntual. En el segundo asiento de la derecha, viaja una mujer que debe rondar los cuarenta años. Si hacemos zoom, vemos que está mirando su teléfono móvil, parece que enviando un whatsapp o mensaje. Son las 7:52 de la mañana.

La previsión meteorológica augura una soleada mañana de invierno. Latitud 39° 51' 25', longitud -4° 1'. Estamos a mediados del mes de febrero. Amanece a las 7:57 minutos. La temperatura estimada para hoy es 16° máxima y 6° mínima. Humedad del 65%. Viento 19 km/h. Presión 1026hPa. Estamos a miércoles.

El urbano hace su parada frente a Travesía Barrio Rey. La mujer del segundo asiento de la derecha, que se llama Marta y es auxiliar de biblioteca, se baja la primera por la puerta delantera. La entrada a su centro de trabajo se encuentra a ciento ochenta metros, subiendo Cuesta Alcázar. La calle tiene un desnivel aproximado del 3°, por lo que esa distancia tarda en recorrerse unos tres minutos.

El horario laboral de Marta es de 8:00 a 15:00 de la tarde, si está de mañana. Cuando está de tarde, el horario es de 14:30 a 21:30. Marta vive en el barrio santa María de Benquerencia. Desde la parada del autobús al trabajo hay unos nueve kilómetros. Toma el autobús de las 7:24, línea 62, como ya he dicho, y a las ocho menos cinco o seis minutos está en la plaza de Zocodover, plaza que, en parte, fue diseñada por Juan de Herrera durante el reinado de Felipe II.

La seguridad del edificio acaba de abrir la verja de entrada. Los empleados más madrugadores empiezan a llegar. La biblioteca de Castilla la Mancha está ubicada en el Alcázar de Toledo, fortaleza que se encuentra en la parte más alta de la ciudad. Edificado como palacio por los romanos, en el siglo III, a lo largo de la historia ha tenido diversos usos. En la actualidad alberga el museo del ejército y la biblioteca de Castilla la Mancha. Hoy abre sus puertas a las 8.30, pero los trabajadores están allí a las 8.00. Algunas de las lecturas recomendadas para esta semana son: *Bajo una estrella cruel*, de Heda Margolius, *Recuerda que me quieres*, de Wendy Davies y *¿Puede un darwiniano ser cristiano?* de Michel Ruse.

Entrar y fichar sólo le lleva a Marta un par de minutos, incluyendo lo que tarde el ascensor. Llega a la planta ocho, gira a la derecha, saluda a los compañeros de información y préstamos que ya han llegado, enfila de frente hasta la mediateca, donde vuelve a girar, esta vez a la izquierda, sube los nueve escalones que llevan a la sala de préstamos, y ya ha llegado a su puesto de trabajo. Conecta los ordenadores mientras lee una nota de sus compañeros de la tarde,

que le comentan algo referente a unos libros reservados, que se encuentran apilados junto al teclado del PC.

Marta es madre soltera, y vive con su hija Lidia, de quince años. Una edad difícil, la de su hija. Este trimestre le ha traído dos suspensos, algo poco habitual, porque siempre ha sido una alumna aplicada. Por eso, Marta no sabe si echarle una bronca o dejarlo estar, esperar al segundo trimestre y ver cómo evoluciona el problema. A pesar de todo, se ha citado con el tutor de la niña, al que conoce de vista, porque es usuario de la biblioteca, para intercambiar impresiones al respecto.

El tutor de Lidia se llama Miguel Cárdenas. Es profesor de literatura. Ahora mismo está en casa, corrigiendo unos ejercicios de sintaxis que propuso a sus alumnos de 4º de la ESO hace dos semanas. En media hora empezará a prepararse para ir al trabajo. Hoy empieza su jornada a segunda hora, y termina a quinta, por lo que es un buen día para él.

Tiene previsto acercarse a la biblioteca a las cinco de la tarde, como casi todos los días, y leer hasta que le echen de allí los vigilantes o los ordenanzas. Espera haber corregido todo lo que tiene para esa hora. En cualquier caso, ese es su plan. Marta lo conoce de vista. Le parece un poco raro, pero alguien en quien confiarías la educación de tus hijos. Algunas veces se cruzan en los pasillos, se saludan tímidamente, y cada uno sigue su camino.

Miguel es un lector compulsivo, hasta lo enfermizo. Tanto es así que sacrifica su vida social por la lectura. Pasa todas sus tardes en la biblioteca, salvo que tenga algún deber inexcusable, como pueden ser el periodo de exámenes y evaluaciones.

Las primeras horas son tranquilas en la sala de préstamos. Hasta las once o las doce no entran demasiados usuarios, opositores que están en la sala de lectura y se toman un descanso, junto a algunos madrugadores desocupados o con turno de tarde, que curiosean en silencio por los pasillos que conforman las estanterías.

A nueve kilómetros de allí, Lidia se ha levantado a las 7:50, por lo que no ha llegado a primera hora a clase. Su madre le ha mandado un mensaje y le ha dado un toque al móvil unos minutos antes, pero se lo ha tomado con tranquilidad y ha perdido el autobús. No le importa demasiado, porque a primera tenía matemáticas, y está empezando a odiar esa asignatura.

Ahora mismo está en la puerta del instituto, esperando el timbre de las 9.20, cuando llega su tutor, Miguel. Le pregunta qué hace fuera del centro. Le contesta con una media verdad: “me he dormido”.

Mientras, su madre ya ha comenzado la jornada. Los primeros usuarios empiezan a deambular por los pasillos sin saber muy bien qué es lo que buscan. Pocos preguntan para acelerar su búsqueda. Sólo un chico le consulta por la sección de Internet y redes sociales.

Ese chico se llama Alfonso, y está buscando libros sobre marketing y redes sociales, aunque no tiene ningún título en mente. Acaba de quedarse en paro, y todo el mundo dice que Internet y las redes sociales son el futuro, por lo que ha decidido hacer algún curso gratuito, de los muchos que se ofrecen sobre esa materia. Tiene pensado un negocio, pero no sabe si podría prosperar en los tiempos que corren. A lo mejor ese mundo virtual, del que tanto se habla, es una oportunidad.

La última vez que vino a la biblioteca, esa temática estaba en la mediateca, pero ahora, por lo visto, están en la sala de préstamos. No acaba de encontrar nada de lo que busca. Después de quince minutos, termina preguntando a la auxiliar de biblioteca que está en el mostrador. Por fin, gracias a las indicaciones, encuentra la sección y algunos textos que parecen interesantes.

En la misma sala, en el pasillo de historia, está Raquel. Lleva tres libros en las manos. Aún le falta uno de la lista de cuatro que trae apuntada. Tiene que hacer un trabajo para la asignatura de “Historia del mundo actual”. Es su primer año como estudiante de Grado de periodismo, y se lo está tomando muy en serio. El libro que busca es *La Guerra Civil*, de Paul Preston. Por fin, lo ve y lo toma con fuerza. Antes de marcharse, al salir de la sala, se para en la Mediateca y mira su correo electrónico, por si el compañero con el que comparte el trabajo le ha mandado la parte que le correspondía realizar. Ella se ha comprometido a editarlo todo e imprimirlo. Nada. Recoge su tarjeta de la biblioteca y enfila hacia Préstamos.

Tras las comprobaciones habituales, el préstamo de Raquel es realizado y ésta sale de la sala en dirección a los ascensores. En un par de minutos, llega uno de los dos ascensores. Deja pasar a las personas que llegan a la biblioteca, encontrándose con Laura, compañera de clase del año anterior, que tuvo mala suerte y está repitiendo segundo curso de bachillerato por una asignatura. Se saludan, pero tienen que despedirse apresuradamente, porque el ascensor no espera. Además, Raquel tiene prisa.

Laura camina por el pasillo de entrada, dejando a la izquierda las taquillas. Junto a ellas, sentada en el suelo, una niña de unos siete años lee un libro titulado *Orejas de mariposa*. A la derecha, la señora de la limpieza coloca frente a la puerta del servicio de señoras el caballete que advierte a los usuarios que el suelo está mojado.

Un poco antes de la mediateca se encuentra con Jorge, que ha estado haciendo tiempo hasta que dieran las once, que es cuando tiene que volver a clase. También está cursando segundo de bachillerato y, como Laura, repite, aunque éste ha preferido hacerlo con las dos asignaturas suspensas. El próximo año quiere hacer un ciclo de grado superior de imagen y sonido. Están en el mismo instituto, pero no en el mismo grupo de clase.

Laura ha optado por repetir todo el curso, para no olvidar la materia del año anterior, porque quiere estudiar enfermería y necesita buena nota. Para este año se ha propuesto un mínimo de ocho, aunque para asegurarse debería ir a por más nota.

Jorge ha estado visitando su perfil de Facebook, contestando el mail de un compañero de clase, que le ha pedido unos apuntes. Además, ha entrado en Twitter. Ha estado leyendo su favstar, riéndose un buen rato. Ha dado FAV a un tuit que decía: “Esta dieta alta en bocadillos no funciona demasiado bien” de *yeyodebote* y un RT a otro de *Arezno* que dice: “efectivamente, en cinco días es lunes”.

Se saludan y hablan durante unos minutos en medio del pasillo, al lado de una fotocopidora que hay a la puerta de Dirección y Administración. Cuando la conversación no da para más, -parecen algo cortados- se va cada uno por su lado. Tienen amigos comunes, y se gustan un poco, pero nunca han hablado más de diez minutos a solas. Mientras se alejan el uno del otro, ambos piensan que este fin de semana, en el cumpleaños de Lucía, una amiga común, sería un buen momento para estar más rato juntos, hablar o lo que surja.

Antes de entrar a la sala de préstamos y perderse en los pasillos, Laura cede el paso a un señor de piel rosada. Un turista que está pasando unos días en Toledo, que vive en un pueblo de Alemania llamado Athenstedt, a setenta y cinco kilómetros de Wolfsburgo. Mientras tanto, Jorge se pierde de vista a lo largo del pasillo, en dirección a los ascensores.

En el segundo pasillo de estanterías, a la derecha, está Maite, ama de casa en busca de alguna novela sencilla y amena, tipo Danielle Steel. Normalmente, se inclina más por los clásicos o la poesía, pero hoy se siente romántica y banal, de ahí que esté buscando algo que no le haga pensar demasiado. Una trama bien estructurada, con algo de suspense y romanticismo, poco más.

Giramos ciento ochenta grados. A su espalda está Miriam, parada desde hace tres años. Aunque está algo inquieta por su situación, nunca pierde la esperanza de encontrar un nuevo trabajo. Antes era cajera en el Carrefour, pero eso se acabó. Aún así, la familia puede ir tirando con el sueldo de su marido, que trabaja de auxiliar administrativo para la administración.

El caso es que siempre le ha gustado leer. De pequeña, cuando estaba a punto de terminar la EGB, sus maestros le aconsejaron que estudiara el bachillerato, porque era aplicada y trabajadora, pero ella decidió dejarlo al terminar octavo. En esos años, vivía en el pueblo con sus padres. Era una zona donde no faltaba el trabajo para los jornaleros, así que, si tus padres no te animaban mucho a estudiar, los estudios se convertían en algo secundario. Ahora se arrepiente un poco, pero no demasiado, porque siempre ha sido de las de “a lo hecho pecho”.

Está buscando algún libro básico de ciencias naturales, una de las asignaturas que tanto le gustaban cuando estudiaba, pero no termina de convencerle nada de lo que está viendo. Todos le parecen demasiado complicados. Le pregunta a Carlos, que acaba de entrar y se dirige hacia la sección de películas, al que Miriam ha confundido con un empleado de la biblioteca. Éste le dice que no sabe nada, que pregunte en el mostrador, y sigue su camino.

Carlos deja a Miriam con sus dudas, dirigiéndose hacia la sección de películas. Esta noche tiene pensado descansar, así de simple. Después de cinco días seguidos trabajando en el turno de noche, no le apetece otra cosa. Es enfermero. Su plan no es muy sofisticado, tan sólo una película de cine negro, que tanto le gusta, y una pizza de encargo, porque esta noche no quiere cocinar. Podría quedar con los amigos, para salir y tomar alguna copa, pero no tiene ganas de nada, sólo de descansar.

Llega a su sección preferida, segundo pasillo a la derecha, detrás del mostrador donde está sentada Marta, y busca algún título que le convenza. Mientras lo hace, le está dando la espalda a una chica que está parada frente a la sección de música. Está leyendo la contraportada de un CD de género melódico. Se llama Paqui, y no parece muy interesada en lo que lee. Más bien está pensando en otras cosas, mirando sin ver. Sin razón aparente, se cambia a la estantería donde se encuentra Carlos agachado, escrutando los títulos. Mira el perfil de Carlos. Le suena su cara, pero no sabe de dónde ni cuándo. Con su despiste habitual, a lo mejor ni le conoce, sólo es que se parece a algún conocido.

Pero Carlos sí que sabe quién es Paqui. Tiene memoria para las caras. Cuando se gira, sorprendido por la presencia cercana de la chica, la reconoce. Se han visto hace poco, en una reunión de la asociación de vecinos de su barrio. Hasta entonces nunca habían hablado, a pesar de vivir en la misma calle. Carlos saluda. Paqui tarda en reaccionar, porque no recuerda. Al fin, le comenta lo de las reuniones de la asociación, y ella recuerda. Conversan durante cinco minutos sobre vaguedades. Carlos no es una persona muy lanzada, pero se sorprende pidiéndole el mail a Paqui, con la excusa de la asociación, a la que él está afiliado. Paqui le dice que, además del mail, apunte su teléfono móvil, que así estarían en contacto, que le dé un toque y así ella también tendrá el suyo. A Carlos le parece bien.

Paqui se queda pensando en sus cosas, en medio de la sala, mientras Carlos abandona la estancia, en dirección a la salida. Comparte el ascensor con Charo y Teresa, dos amigas recién jubiladas que vienen del club de lectura de poesía. Hoy han intercambiado opiniones y análisis sobre la poesía de José Ángel Valente. En concreto, Charo y Teresa han leído una antología sobre el autor, editada por Alianza Editorial. Otros compañeros han escogido *A modo de esperanza* o *Al dios del lugar*, de Tusquets Editores. Ya en la puerta, se cruzan con una auxiliar

de la biblioteca. Teresa está casi segura de que se llama Marta. Llevan tanto tiempo en los club de lectura, que pueden jactarse de conocer a casi todos los trabajadores de la biblioteca, incluso de saber sus nombres.

Son las once y media. Marta llega a su puesto de trabajo después de su descanso. Le acaba de llegar un mensaje de la jefatura de estudios del instituto, comunicándole que su hija ha faltado a primera hora. Cuando llegue a casa tendré que pedirle explicaciones, piensa. Está algo cabreada.

Suena el teléfono, una compañera le comunica que falta Marcos en la sala de lectura, y que convendría que alguien se diese una vuelta por allí. Marta dice que la sala de préstamos se queda sola, pero desde el otro lado de la línea le dicen que no hay problema, que serán cinco o diez minutos, hasta que llegue alguien. Marta no entiende muy bien la situación, pero dice que vale, que ahora mismo se pasa por allí.

La sala está a pleno rendimiento. Cuando llega Marcos, que ha tenido una urgencia médica, Marta retorna a su puesto. Camina por el pasillo donde están las salas Buero Vallejo y Borbón Lorenzana. Desde sus ventanas puede verse la cuesta Alcázar y, al fondo, la catedral. Es una panorámica que gusta mucho a los turistas y usuarios que visitan la biblioteca.

En la segunda ventana hay una pareja de turistas haciendo manitas. Diez metros más adelante, con una réflex de la marca Nikon, está Alberto, haciendo fotografías de las vistas. Después de cinco o seis disparos, deja de mirar por el visor de la máquina, y se pone a pensar sobre los parámetros que debería utilizar para realizar una toma correcta. No lo tiene muy claro. Lo que está haciendo no le gusta demasiado. Es mala hora, casi las doce. No cree que sirva para nada. No se trata de la exposición, sino de la luz. Piensa que será mejor venir esta tarde e intentarlo, aunque no sabe si sabrá manejar el contraste de luces del sol frontal y los edificios en sombras. Se marcha pensativo y frustrado. Ha venido para nada, porque no cree que las fotografías que ha tomado le sirvan para algo. Sale del edificio. Le vemos alejarse por General Moscardó, en dirección a la entrada del parking.

En la verja de entrada está Ángel, fumando. Melómano confeso y auxiliar de biblioteca, como Marta, suele poner a los Smiths en el hilo musical de la biblioteca. Comparte momento y vicio con Felisa, del personal de limpieza. Hablan durante un rato de lo divino y humano, y “arreglan el país”, como suele decir Felisa. Pasados cinco o diez minutos, vuelve cada uno a lo suyo: Felisa a la sala de conferencias, que ahora está vacía y puede limpiarla. Por su parte, Ángel, llega a su puesto y hace un carnet de la biblioteca a la pareja que previamente habíamos visto frente a la ventana, contemplando las vistas.

Marisa y Diego no saben cuándo van a utilizar ese carnet, porque no viven en Toledo, sino en Madrid, y les pillan un poco lejos, pero se lo hacen de todos modos. Ángel les hace la fotografía con la cámara web. En diez minutos se marchan con su carnet en el bolsillo. Después de eso, Ángel coge un CD que tiene guardado en un cajón a su derecha. En pocos segundos, comienzan a sonar los primeros acordes de *Panic* en el hilo musical.

En la sala de Conferencias, Felisa escucha el sonido lejano de la música y se acuerda de su amigo Ángel al instante. Cuando está terminando y se dispone a salir de la sala, un señor, seguido de veinte adolescentes ruidosos, le pregunta si es en esta sala la conferencia sobre El Greco. Felisa le contesta que sí, que empieza a la una y media. Lo sabe porque le han dicho que debe terminar antes de esa hora. Cuando está explicando esto, llega el encargado de la organización y el conferenciante. Felisa abandona la sala, en dirección a otra que está al lado, denominada sala Castilla la Mancha. Recoge las papeleras y se pasa por la sala de préstamos, a saludar a Marta, que está entregando unos libros reservados a una chica, y catalogando al mismo tiempo. Felisa ve que está demasiado atareada y desiste de ello, bajando de nuevo al pasillo, donde se encuentra las salas de conferencias e infantil y juvenil.

Con el ajetreo, se le pasa a Marta más de una hora sin enterarse. Mira el reloj del móvil, comprobando que ya son las dos y media. Le queda poco para salir. Para esta última media hora le falta colocar algunos de los libros devueltos que los compañeros de préstamos le trajeron sobre las doce. Estaba haciéndolo cuando vinieron varios usuarios a solicitar sus reservas. Lo termina y se dispone a fichar y marcharse. Hoy toca leerle la cartilla a Lidia, piensa, y se marcha pensativa y cansada.

Llega a la parada del autobús. Se apoya en una de las columnas que hay frente a la pastelería Santo Tomé. Al otro lado de esa misma columna está Paqui que, después de sus búsquedas en la sección de películas, ha estado en la sala de lectura hasta las dos y media. Ambas, pensativas, cogen mecánicamente su teléfono móvil y teclean. Marta llama a su hija para decirle que empiece a calentar la comida, que está en un tapper, dentro del frigorífico. Paqui marca el número de Carlos, porque acaba de acordarse de él. Le llama con la excusa de preguntarle sobre la asociación, pero a los cinco minutos le propone que sería mejor tomar un café y hablar sobre ello, a lo que Carlos acepta de buen grado.